

ADORACION NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO NACIONAL



VÍA CRUCIS EUCARÍSTICO

VÍA CRUCIS EUCARÍSTICO

Oración preparatoria:

Concédenos, Señor, el don de la humildad y la sinceridad para acompañar a tu Hijo Jesucristo en el Camino de su Sacrificio Redentor, ofrecido en el Calvario, y que se prolonga en la Eucaristía. Danos la luz que necesitamos para ver con claridad nuestras infidelidades, y la confianza necesaria para pedir el perdón que no merecemos. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Primera Estación

Jesús es condenado a muerte

Lector 1: *Lectura del Evangelio según San Juan 18, 37-38*

Pilato le dijo: “Entonces, ¿tú eres rey?”. Jesús le contestó: “Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato le dijo: “Y ¿qué es la verdad?”.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Condenado! la pregunta fría e indiferente de Pilato “¿qué es la verdad?”, teniéndote a Ti delante, que eres el Camino, la Verdad y la Vida, me recuerda cuántas veces te tengo delante en las noches de Adoración y permanezco frío e indiferente, sin reconocerte, como Pilato tampoco te reconoció.

Perdóname, Señor, por mis indiferencias y frialdades ante tu Presencia Real en la Eucaristía.

Segunda Estación

Jesús carga con la Cruz a cuestas

Lector 1: *Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 27-31*

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!». Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Cargado! Te contemplo azotado, escu-pido, abofeteado, coronado de espinas, destrozado y abrazado a la Cruz, y me recuerdas que sufriste ese sacrificio en el mismo Cuerpo que me ofreces en la Eucaristía. ¡Qué poco me sacrifico yo por Ti! ¡Cuánto me quejo por cualquier molestia! ¡Qué fácil me resulta justificarme, para no sacrificarme, y faltar a mi turno de Adoración!

Perdóname, Señor, por mi falta de sacrificio para adorarte.

Tercera Estación

Jesús cae por primera vez

Lector 1: *Lectura del libro del profeta Isaías 53, 4-6*

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Humillado! Te veo caído bajo el peso inmenso de los pecados, y no me hago cargo de lo que deben pesar de verdad. Sólo Tú sabes lo que pesa cada pecado que te echamos encima. Yo repito cada noche de Adoración que me siento responsable y representante ante ti de toda la humanidad pecadora. Pero, en realidad, no sé lo que pesan ni siquiera mis pecados personales.

Perdóname, Señor, por mi falta de valoración de la gravedad de mis pecados, y de mis hermanos los hombres.

Cuarta Estación

Encuentro de Jesús con su Madre

Lector 1: *Lectura del Evangelio según San Lucas 2, 34-35.51*

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Lector 2: ¡Oh, María, Virgen y Madre Traspasada! Tú que has participado de una manera singular en el Sacrificio Redentor de tu Hijo, y que participas de una manera singular en cada Eucaristía, Tú eres la que mejor sabes de los aprecio y los desprecios de mi corazón ante tu Hijo. Enséñame a unirme como Tú al Sacrificio Redentor de Jesús.

Perdóname, Madre, por mi falta de fervor y de atención ante tu Sacrificio Maternal, siempre unido al de tu Hijo.

Quinta Estación

Jesús es ayudado por el Cirineo a llevar la cruz

Lector 1: *Lectura Evangelio según San Mateo 27, 32; 16, 24* Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz».

Lector 2: ¡Oh, Señor Ayudado! El Cirineo ha pasado a la historia como el buen hombre que te ayudó a llevar la Cruz; pero también

como el que fue forzado, obligado a hacerlo. Es posible que yo también pueda pasar a la historia como “*un buen adorador*”, pero tengo que reconocer que muchas veces voy a mi turno de Adoración obligado por mi propia vanidad, por “*el qué dirán*”, por no quedar mal, o por rutina.

Perdóname, Señor, por adorarte, a veces, por obligación.

Sexta Estación

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Lector 1: *Del libro de los Salmos 26, 8-9*

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Agradecido! ¡Cuánto te agradó el detalle de ternura de la Verónica! Le diste por recompensa la imagen de tu rostro impresa en su velo; y, más aún, en su corazón. ¡Cuánto agradeces un detalle de ternura reparadora, Señor! Y, sin embargo ¡qué poquitos detalles de esos tengo yo contigo!

Perdóname, Jesús mío, por mi falta de ternura eucarística.

Séptima Estación

Jesús cae por segunda vez

Lector 1: *Lectura del libro de las Lamentaciones 3, 1-2.9.16*

Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. El me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos. Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en la ceniza.

Lector 2: ¡Oh, Cordero sin mancha! Te contemplo caído bajo el peso del pecado; pero, más aún, ahora humillado por los insultos, empujones, burlas, puñetazos... de todos los que nos aprovechamos de tu debilidad en la Eucaristía ¡Cuántos sacrilegios, Señor! ¡Cuántos sacrilegios, abusando de tu humildad y de tu silencio voluntario en la Sagrada Hostia! Y yo no levanto mi voz para defenderte.

Perdóname, Señor, por mi falta de testimonio eucarístico.

Octava Estación

Jesús consuela a las hijas de Jerusalén

Lector 1: *Lectura del Evangelio según San Lucas 23, 28-31* Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos (...) porque si así tratan al leño verde, ¿qué harán con el seco?

Lector 2: ¡Oh, Jesús Bendito! Te detienes a consolar a aquellas mujeres, sí; pero te detienes también para corregir sus lamentos. Tú no quieres lamentos sentimentalistas. Tú no quieres esas piedades, que algunas noches de Adoración voy buscando, con muchos sentimientos y pocos compromisos. No te complacen los lamentos estériles. Tú quieres piedades recias, sentidas, fervorosas y comprometidas.

Perdóname, Jesús, por mi piedad superficial, por mis lamentos estériles, por mis sentimentalismos sin compromisos.

Novena estación **Jesús cae por tercera vez**

Lector 1: *Lectura del libro de las Lamentaciones 3, 27-32*

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que ponga su boca en el polvo: quizá haya esperanza; que tienda la mejilla a quien lo hiere, que se harte de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre a los humanos: si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor.

Lector 2: ¡Oh, Varón de dolores! Te contemplo agotado, caído. Podrías haber dicho *“basta, ya es bastante”*. Pero te levantas de nuevo diciendo *“no es bastante, ¡hasta el extremo!”*. Me enseñas así que hay que sacrificarlo todo, que hay que llegar hasta el extremo, que nunca es bastante a la hora de amar, de entregarme, de adorarte.

Perdóname, Señor, por poner medida a mi vida de oración, de sacrificio, de compromiso, de adoración.

Décima Estación **Jesús es despojado de sus vestiduras**

Lector 1: *Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 33-36*

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después se repartieron su ropa echándola a suertes.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Desnudo! que has sido expuesto en tu desnudez a la burla y a la grosería del mundo. Hoy, por las blasfemias, sigues padeciendo burlas y groserías en tu Cuerpo Eucarístico. Y yo no te defiendo, sino que disimulo ante los demás como si no tuviese importancia tu deshonor al ser despojado de tu dignidad.

Perdóname, Jesús mío, por mi cobardía y mi falta de testimonio, por mis respetos humanos y mi falta de respeto divino.

Decimoprimera Estación

Jesús es clavado en la cruz

Lector 1: Lectura del Evangelio según San Mateo 7, 37-42

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le crearemos».

Lector 2: ¡Oh, Cristo Rey Sacrificado! *“Tú eres el más Bello de los hombres, y de tus labios se derrama la Gracia”*. Tú habías dicho que cuando fueras elevado en alto, atraerías a todos hacia Ti. Has sido levantado en la Cruz, y eres alzado en la Eucaristía... Pero ¡qué pocos se sienten atraídos por Ti! Nos cuesta descubrir tu Belleza en la Cruz y en la Eucaristía. Nos cuesta recibir tu Gracia.

Perdóname, Jesús mío, por mi falta de contemplación.

Decimosegunda Estación

Jesús muere en la cruz

Lector 1: Del Evangelio según San Mateo 27, 45-50. 54

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde Jesús gritó: «Elí, Elí lamá sabaktaní», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron: «A Elías llama éste». Uno de ellos fue corriendo; enseguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús, dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Abandonado! Tú disfrutas de la compañía eterna y consubstancial del Padre en el Cielo. Pero, en la tierra, sigues padeciendo nuestro abandono. Tenemos tantas cosas que hacer y a tanta gente a la que atender... Ahora Tú nos gritas a nosotros desde los Sagrarios: *“Fulano, Mengana ¿por qué me has abandonado?”*

Perdóname, Dios mío, por no tenerte en el primer lugar, en el que a Ti te corresponde, y por abandonarte para atender a otros.

Decimotercera Estación

Jesús es bajado de la cruz

Lector 1: Lectura del Evangelio según San Lucas 23,52-55 José de Arimatea acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo

envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía (...) Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regersar, prepararon aromas y mirra.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Muerto! Al final, en el momento más duro, sólo han quedado unas pocas personas piadosas, pero comprometidas por tu Amor. Yo no sé qué habría hecho en aquel momento. No sé si hubiese sido de los que te abandonaron o de los que quedaron con tu Madre y contigo hasta el final. Pero, ahora, sí sé que puedo ser de los pocos que te acompañen en la soledad de las noches de Adoración, movido por el fervor, y comprometido por tu Amor.

Perdóname, Cordero Inmolado, por no apreciar suficientemente el regalo que me haces de ser de esos pocos elegidos.

Decimocuarta Estación

Jesús es colocado en el sepulcro

Lector 1: *Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 59-61*

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

Lector 2: ¡Oh, Jesús Sepultado! La oscuridad de tu sepulcro me recuerda a la oscuridad en la que a veces me encuentro ante Ti, en las noches de Adoración. *“¿Será verdad...? Todo parece acabado... Todo está en silencio... Nada se mueve...”* Y permito que me invadan las dudas. Esas dudas que me enfrían, como fría es la muerte y frío es el sepulcro, y me impiden creer, esperar y amar con fervor.

Perdóname, Señor Jesús, por mi falta de vitalidad en la fe, por mi consentimiento insensato en las dudas, por mi falta de esperanza.

Oración final:

Te damos gracias a ti, Dios Padre Misericordioso, porque nos has concedido acompañar a tu Hijo en este Camino de Redención, y nos sigues invitando a participar de su intimidad eucarística. Haz que las gracias recibidas en este acto de piedad den en nuestros corazones frutos de conversión y de santidad, de fervor en la adoración y de compromisos apostólicos. Te lo pedimos contando con la intercesión maternal de la Santísima Virgen María que, en Fátima, pidió oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores y para alcanzar la paz en el mundo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

